

Don Giovanni en el Festival del Centro Histórico de México

por José Noé Mercado



El *Don Giovanni* "semipornoficado" de Bellas Artes
Fotos: Ana Lourdes Herrera

El domingo 29 de marzo en el Teatro del Palacio de Bellas Artes se llevó al cabo la función de la ópera *Don Giovanni* de Wolfgang Amadeus Mozart que ofreció el Festival del Centro Histórico de México (FCHM) y se sumó a las tres fechas que presentó la OBA de esta reposición, originalmente estrenada en el Teatro de la Ciudad en 2009.

La única diferencia entre las funciones de la Ópera de Bellas Artes y la del FCHM sería la participación del tenor **Ramón Vargas** en el rol de Don Ottavio —en lugar de **Ernesto Ramírez**—, un par de días antes de presentarse en ese mismo recinto y festival al lado de la pianista **Mzia Bakhtouridze** con un recital de canciones populares mexicanas, italianas y *lied*.

Por fortuna, Vargas no traía yeso en el brazo —ni se mostró particularmente enfermo de la garganta, como se le vio en días previos— y cantó con su consabido refinamiento estilístico, proyectando la calidez de su timbre con un fraseo de gusto delicado y musical. Sólo durante el intento de pianísimos flotados el tenor hubo de librarse de ligeras pero inoportunas flemas que únicamente los quisquillosos podrían reprochar a una línea de canto bien llevada en sus arias.

La decorosa actuación del tenor se sumó a la sólida interpretación vocal del barítono británico **Christopher Maltman** en el personaje protagonista, con los matices e inflexiones suficientes para explorar claroscuros de la personalidad seductora de Don Giovanni, dotándolo de un canto no sólo correcto, sino también de diversos niveles de profundidad anímica y psicológica. Y ambos cantantes sirvieron de nicho para el lucimiento de la soprano italiana **Erika Grimaldi**, poseedora de un timbre esmaltado y hermoso y una capacidad técnica que mezcla esa belleza y simplicidad —a la vez tan compleja— que construye el canto mozartiano. La cantante originaria de Asti logró configurar una Donna Anna memorable.

No con igual fortuna se escuchó la Elvira de la soprano veracruzana **Olivia Gorra**, con dificultades para mantener la sinuosidad melódica



Ramón Vargas (Don Ottavio) y Erika Grimaldi (Donna Anna)

justo en los pasajes que demandan un agudo estilizado y al mismo tiempo dramático. El resto del elenco: **Armando Gama** (Leporello), **Angélica Alejandre** (Zerlina), **Juan Carlos Heredia** (Masetto) y **Guillermo Ruiz** (Comendador) ofrecieron intervenciones muy solventes, si bien podría discutirse cuánto se apega la caracterología de sus voces a la ortodoxa tradición mozartiana, en la que desde luego pueden profundizar. Se atendería entonces a gustos y referencias más o menos válidas, pero sólo una vez que se ha reconocido participaciones logradas que en el rubro musical contribuyeron a llevar a buen fin la función, en el marco sonoro conseguido por la Orquesta del Teatro de Bellas Artes bajo el mando de **Srba Dinić**. Un sonido depurado y claro, aunque sin particular color emocional en las frases.

La puesta en escena de **Mauricio García Lozano** contó con escenografía de **Jorge Ballina** e iluminación de **Victor Zapatero**, con un vestuario de **Jerildy Bosch**. El concepto escénico, que inicia ya desde que se ilustra la obertura con un Don Giovanni "semipornoficado", utiliza una plataforma giratoria y un plafón cuyos movimientos excesivos, en afán de mostrar riqueza de recursos y perspectivas, se vuelven demasiado protagónicos, como si en su dinamismo, en su transformación incansable, se encontrara el meollo de los apetitos pasionales del protagonista.

Y es esa vertiente de la ilustración la que sigue el trazo escénico. Se complace más en dibujar que en contar, en mostrar la piel que en hurgar en el pozo trágico que es sin duda el alma del seductor no saciado. Pero el acabado de García Lozano es lucidor, actoral, provocativo, de buena factura, si bien algunos aspectos más allá del balance entre *hardcore* y *soft* pudieran resultar discutibles: como la escena de la boda campesina en la que el ambiente es más bien fastuoso, o la conceptualización ambigua de la figura fálica del cisne hacia el final de la obra.

"En la vida las cosas nunca son de un solo color" sentencia el director de escena García Lozano en el programa de mano. Excepto, quizás, la iluminación diseñada por Zapatero, podría decirse. Luces blancas sobre el cuadrilátero que si bien abonaron en sobriedad y en una relativa elegancia, también lo hicieron en pesadez y letargo visual que para algunos espectadores nunca desaparecieron a lo largo del espectáculo. ●